

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalent*

Año XLIX, número 20 (2.516)

Ciudad del Vaticano

19 de mayo de 2017

La fragilidad no es un mal

Para Jesús la enfermedad nunca ha sido obstáculo para acercarse al hombre

El Papa Francisco se reunió este jueves, 18 de mayo, con cientos de familias afectadas por la enfermedad *Huntington*. Estaban presentes más de 30 organizaciones de pacientes de más de 20 países. «La reunión marca el comienzo de un movimiento mundial destinado a generar conciencia y acción, y a erradicar el estigma en torno a la enfermedad». Así lo indican desde HD dennomore (oculta nunca más), coalición mundial de defensores de la causa de la EH dedicada a crear conciencia sobre la enfermedad, a terminar con el estigma y la vergüenza que esta provoca, y a promover acciones para lograr un cambio.

Un movimiento que se inspiró en el «sufrimiento de familias de Sudamérica, donde la prevalencia de la EH es hasta mil veces mayor que en el resto del mundo».

«La fragilidad no es un mal. Y la enfermedad, que es expresión de la fragilidad, no puede y no debe llevarnos a olvidar el inmenso valor que siempre tenemos ante Dios». Son palabras de aliento que les dedicó el Santo Padre. Señaló que para Jesús «la enfermedad nunca ha sido obstáculo para acercarse al hombre, sino todo lo contrario». Ninguno de vosotros –recordó el Papa– se debe sentir nunca solo, ninguno se debe sentir una carga, ninguno debe sentir la necesidad de escapar. Y les recordó que son valiosos para Dios y para la Iglesia.

A las familias presentes animó a que no se sientan solos, a no ceder a la tentación «del sentimiento de vergüenza y de culpa».

Del mismo modo dedicó unas palabras a los médicos, personal sanitario, voluntarios de las asociaciones que se dedican a la enfermedad de *Huntington* y a las personas afectadas por ella. «El servicio de todos vosotros es muy valioso, porque la esperanza y el impulso de las familias que se confían a vosotros dependen ciertamente de vuestro compromiso e iniciativa», indicó. Asimismo les pidió que sean punto de referencia para los pacientes y sus familias, «que en muchas ocasiones se ven obligados a hacer frente a las ya duras pruebas que la enfermedad comporta en un contexto socio-sanitario que, con frecuencia, no corresponde a la dignidad de la persona humana».

Finalmente animó a los genetistas y científicos a hacer su trabajo con medios que no contribuyan a la «cultura del descarte» recordando que ningún fin, aunque en sí mismo sea noble, «puede justificar la destrucción de embriones humanos».



Jornada Mundial de la Juventud 2019



Ambar Calvo, estudiante de arquitectura en la Universidad de Panamá, fue la ganadora del concurso del logo para la próxima Jornada Mundial de la Juventud (JMJ), que se celebrará en Panamá del 22 al 27 de enero del 2019. El logo muestra «la ternura y la entrega de María en su mejor escena: el Hágase». En su diseño destacan el Canal de Panamá, que simboliza el camino del peregrino que descubre en María el medio para encontrarse con Jesús; la silueta del Istmo panameño, como lugar de acogida; la Cruz Peregrina; la silueta de la Virgen en su «Hágase» y los pequeños puntos blancos como signo de la corona de María, y de los peregrinos de cada continente.

Otro aspecto simbólico es la vinculación de la letra «M» que se insinúa en la forma del corazón, que si bien alude al lema «Puente del Mundo, Corazón del Universo», también sugiere al nombre de María como camino (puente) hacia Jesús, y su corazón abnegado de madre.

Durante el Regina caeli el Papa habla de su peregrinación a Fátima

Por el fin de todas las guerras

«Doy gracias al Señor que me ha concedido estar a los pies de la Virgen Madre como peregrino de esperanza y de paz». Lo dijo el Papa al día siguiente de su viaje a Fátima, durante el Regina caeli rezado con los fieles presentes en la plaza de San Pedro el domingo 14 de mayo, por la mañana.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Ayer por la tarde volví de la peregrinación a Fátima —¡saludamos a la Virgen de Fátima!— y nuestra oración mariana hoy asume un significado particular, lleno de memoria y de profecía por quien mira la historia con los ojos de la fe. En Fátima me he empapado en la oración del santo pueblo fiel, oración que allí fluye desde hace cien años como un río, para implorar la protección materna de María sobre el mundo entero. Doy gracias al Señor que me ha concedido acudir a los pies de la Virgen Madre como peregrino de esperanza y

gos fiables de las apariciones, y convirtiéndose en modelos de vida cristiana. Con la canonización de Francisco y Jacinta, he querido proponer a toda la Iglesia su ejemplo de adhesión a Cristo y el testimonio evangélico, y además, he querido proponer a toda la Iglesia el cuidado de los niños.

Su santidad no es consecuencia de las apariciones, sino de la fidelidad y del ardor con el cual ellos correspondieron al privilegio recibido de poder ver a la Virgen María. Después del encuentro con la “bella Señora” —así la llamaban—, ellos rezaban frecuentemente el Rosario, hacían penitencia y ofrecían sacrificios para alcanzar el final de la guerra y por las almas más necesitadas de la divina misericordia.

Y también hoy hay mucha necesidad de oración y de penitencia para implorar la gracia de la conversión, para implorar el final de tantas guerras que hay por todos lados en el

Oriente. Muchas personas inocentes son duramente sometidas, tanto cristianas como musulmanas, o pertenecientes a minorías como los yazidíes, los cuales padecen trágicas violencias y discriminaciones. A mi solidaridad se acompaña el recuerdo en la oración, mientras doy las gracias a todos los que se esfuerzan en subvenir a las necesidades humanitarias. Animo a las diversas comunidades a recorrer el camino del diálogo y de la amistad social para construir un futuro de respeto, de seguridad y de paz, lejos de todo tipo de guerra.

Ayer, en Dublín, fue proclamado beato el sacerdote jesuita John Sullivan. El cual vivió en Irlanda entre finales del siglo XIX y principios del XX, él dedicó su vida a la enseñanza y a la formación espiritual de los jóvenes, y era muy amado y buscado como un padre por los pobres y los que sufrían. Damos gracias a Dios por su testimonio.



de paz. Y doy las gracias de corazón a los obispos, al obispo de Leiria-Fátima, a las Autoridades del Estado, al Presidente de la República y a todos los que han ofrecido su colaboración.

Desde el inicio, cuando en la capilla de las apariciones permanecí durante largo tiempo en silencio, acompañado por el silencio de la oración de todos los peregrinos, se creó un clima de recogimiento y de contemplación, en el cual se desarrollaron los varios momentos de oración. Y en el centro de todo estuvo el Señor Resucitado, presente en medio de su Pueblo en la Palabra y en la Eucaristía. Presente en medio de muchos enfermos, que son protagonistas de la vida litúrgica y pastoral de Fátima, como de cada santuario mariano.

En Fátima la Virgen eligió el corazón inocente y la sencillez de los pequeños Francisco, Jacinta y Lucía, como depositarios de su mensaje. Estos niños lo acogieron dignamente, tanto como para ser reconocidos como testi-

mudo y que se extienden cada vez más, así como también el final de los absurdos conflictos grandes y pequeños, que deforman el rostro de la humanidad. Dejémoslos guiar por la luz que viene de Fátima. Que el Corazón Inmaculado de María sea siempre nuestro refugio, nuestra consolación y la vía que nos conduce a Cristo.

Al finalizar el Regina caeli el Pontífice encomendó a la protección de María a las poblaciones víctimas de guerras y conflictos en Oriente Medio, en particular los yazidíes, y recordó la beatificación en Irlanda del sacerdote jesuita John Sullivan y el día de la madre, invitando a los presentes a rezar en silencio por la propia madre.

Queridos hermanos y hermanas:

Encomiendo a María, Reina de la paz, el destino de las poblaciones afligidas por guerras y conflictos, en particular en Medio

Os saludo también a vosotros, fieles de Roma y peregrinos de Italia y de varios países. En especial, a los fieles de Ivrea, Salerno, Valmontone y Rimini; los alumnos de Potenza y de Mozzo (Bérgamo). Saludo a los participantes en la iniciativa denominada “Passeggiare vuoti” y al grupo de mamás de Bordighera: el futuro de nuestras sociedades requiere por parte de todos, especialmente de las instituciones, una atención concreta a la vida y a la maternidad. Y este llamamiento es particularmente significativo hoy mientras se celebra, en muchos países, ¡la fiesta de la mamá, sí!; recordamos con gratitud y afecto a todas las mamás, también a nuestras mamás en el Cielo, encomendándoselas a María, la Mamá de Jesús. Y ahora os hago una propuesta: permanezcamos algunos instantes en silencio, cada uno rezando por la propia mamá.

A todos os deseo un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum Non praevalent

Ciudad del Vaticano
ed.espanola@ossrom.va
www.osservatoreromano.va

GIOVANNI MARIA VIAN
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO
don Sergio Pellini S.D.B.
director general

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@dirizionesystem@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 38,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 2618 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 337 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

A los pies de la Virgen en la capilla de las apariciones

Para implorar la concordia entre los pueblos

Fue una oración el primer discurso público pronunciado por Francisco durante la peregrinación a Fátima. El Pontífice la recitó el viernes 12 de mayo, por la tarde, en la capilla de las apariciones en el santuario mariano, después de haberse detenido en silencio delante de la imagen de la Virgen del rosario.

Salve Reina,
 Bienaventurada Virgen de Fátima,
 Señora del Corazón Inmaculado,
 refugio y camino que conduce a Dios.
 Peregrino de la Luz que procede de tus manos,
 doy gracias a Dios Padre que, siempre y en
 todo lugar, interviene en la historia del hombre;
 peregrino de la Paz que tú anuncias en este
 lugar,
 alabo a Cristo, nuestra paz, y le imploro para el
 mundo la concordia entre todos los pueblos;
 peregrino de la Esperanza que el Espíritu
 anima,
 vengo como profeta y mensajero para lavar los
 pies a todos, entorno a la misma mesa que nos
 une.

Ave o clemens, ave o pia!
Salve Regina Rosarii Fatimae.
Ave o clemens, ave o pia!
Ave o dulcis Virgo Maria.

¡Salve, Madre de Misericordia,
 Señora de la blanca túnica!
 En este lugar, desde el que hace cien años
 manifestaste a todo el mundo los designios de
 la misericordia de nuestro Dios,
 miro tu túnica de luz
 y, como obispo vestido de blanco,
 tengo presente a todos aquellos que,
 vestidos con la blancura bautismal,
 quieren vivir en Dios
 y recitan los misterios de Cristo para obtener la
 paz.

¡Salve, vida y dulzura,
 salve, esperanza nuestra,
 Oh Virgen Peregrina, oh Reina Universal!
 Desde lo más profundo de tu ser,
 desde tu Inmaculado Corazón,
 mira los gozos del ser humano
 cuando peregrina hacia la Patria Celeste.
 Desde lo más profundo de tu ser,
 desde tu Inmaculado Corazón,
 mira los dolores de la familia humana
 que gime y llora en este valle de lágrimas.
 Desde lo más íntimo de tu ser,
 desde tu Inmaculado Corazón,
 adórnanos con el fulgor de las joyas de tu
 corona
 y haznos peregrinos como tú fuiste peregrina.
 Con tu sonrisa virginal,
 acrecienta la alegría de la Iglesia de Cristo.
 Con tu mirada de dulzura,
 fortalece la esperanza de los hijos de Dios.
 Con tus manos orantes que elevas al Señor,
 une a todos en una única familia humana.

¡Oh clemente, oh piadosa,
 Oh dulce Virgen María,
 Reina del Rosario de Fátima!
 Haz que sigamos el ejemplo de los beatos
 Francisco y Jacinta,
 y de todos los que se entregan al anuncio del
 Evangelio.
 Recorreremos, así, todas las rutas,
 seremos peregrinos de todos los caminos,
 derribaremos todos los muros
 y superaremos todas las fronteras,
 yendo a todas las periferias,
 para revelar allí la justicia y la paz de Dios.
 Seremos, con la alegría del Evangelio, la Iglesia
 vestida de blanco,
 de un candor blanqueado en la sangre del
 Cordero derramada también hoy en todas las
 guerras que destruyen el mundo en que
 vivimos.



Y así seremos, como tú, imagen de la columna
 refulgente
 que ilumina los caminos del mundo,
 manifestando a todos que Dios existe,
 que Dios está,
 que Dios habita en medio de su pueblo,
 ayer, hoy y por toda la eternidad.

¡Salve, Madre del Señor,
 Virgen María, Reina del Rosario de Fátima!
 Bendita entre todas las mujeres,
 eres la imagen de la Iglesia vestida de luz
 pascual,
 eres el orgullo de nuestro pueblo,
 eres el triunfo frente a los ataques del mal.

Profecía del Amor misericordioso del Padre,
 Maestra del Anuncio de la Buena Noticia del
 Hijo,
 Signo del Fuego ardiente del Espíritu Santo,

enséñanos, en este valle de alegrías y de
 dolores, las verdades eternas que el Padre revela
 a los pequeños.
 Muéstranos la fuerza de tu manto protector.
 En tu Corazón Inmaculado,
 sé el refugio de los pecadores
 y el camino que conduce a Dios.

Unido a mis hermanos,
 en la Fe, la Esperanza y el Amor,
 me entrego a Ti.
 Unido a mis hermanos, por ti, me consagro a
 Dios,
 Oh Virgen del Rosario de Fátima.

Y cuando al final me veré envuelto por la Luz
 que nos viene de tus manos,
 daré gloria al Señor por los siglos de los siglos.

Amén.



Al finalizar la vigilia de oración

Marianos porque somos cristianos

A última hora de la tarde del viernes 12 de mayo, el Pontífice volvió a la capilla de las apariciones para bendecir las velas e introducir la oración del rosario que precedió la misa celebrada por el cardenal Secretario de Estado, en el atrio del santuario. A los presentes en la explanada, el Pontífice dirigió el siguiente saludo.

Queridos peregrinos de María y con María.

Gracias por recibirme entre vosotros y uniros a mí en esta peregrinación vivida en la esperanza y en la paz. Desde ahora, deseo asegurar a los que os habéis unido a mí, aquí o en cualquier otro lugar, que os llevo en mi corazón. Siento que Jesús os ha confiado a mí (cf. *Jn* 21, 15-17), y a todos os abrazo y os confío a Jesús, «especialmente a los más necesitados» —como la Virgen nos enseñó a pedir (Aparición, julio de 1917)—. Que ella, madre tierna y solícita con todos los necesitados, les obtenga la bendición del Señor. Que, sobre cada uno de los desheredados e infelices, a los que se les ha robado el presente, de los excluidos y abandonados a los que se les niega el futuro, de los huérfanos y las víctimas de la injusticia a los que no se les permite tener un pasado, descienda la bendición de Dios encarnada en Jesucristo: «El Señor te bendiga y te proteja, ilu-

mine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (*Nm* 6, 24-26).

Esta bendición se cumplió plenamente en la Virgen María, puesto que ninguna otra criatura ha visto brillar sobre sí el rostro de Dios como ella, que dio un rostro humano al Hijo del Padre eterno; a quien podemos ahora contemplar en los sucesivos momentos gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos de su vida, como recordamos en el rezo del Rosario. Con Cristo y María, permanezcamos en Dios. En efecto, «si queremos ser cristianos, tenemos que ser marianos, es decir, hay que reconocer la relación esencial, vital y providencial que une a la Virgen con Jesús, y que nos abre el camino que nos lleva a Él» (Pablo VI, *Homilía en el Santuario de Nuestra Señora de Bonaria*, Cagliari, 24 abril 1970). De este modo, cada vez que recitamos el Rosario, en este lugar bendito o en cualquier otro lugar, el Evangelio prosigue su camino en la vida de cada uno, de las familias, de los pueblos y del mundo.

Peregrinos con María... ¿Qué María? ¿Una maestra de vida espiritual, la primera que siguió a Cristo por el «camino estrecho» de la cruz dándonos ejemplo, o más bien una Señora «inalcanzable» y por tanto inimitable? ¿La «Bienaventurada

porque ha creído» siempre y en todo momento en la palabra divina (cf. *Lc* 1, 45), o más bien una «santita», a la que se acude para conseguir gracias baratas? ¿La Virgen María del Evangelio, venerada por la Iglesia orante, o más bien una María retratada por sensibilidades subjetivas, como deteniendo el brazo justiciero de Dios listo para castigar: una María mejor que Cristo, considerado como juez implacable; más misericordiosa que el Cordero que se ha inmolado por nosotros?

Cometemos una gran injusticia contra Dios y su gracia cuando afirmamos en primer lugar que los pecados son castigados por su juicio, sin anteponer —como enseña el Evangelio— que son perdonados por su misericordia. Hay que anteponer la misericordia al juicio y, en cualquier caso, el juicio de Dios siempre se realiza a la luz de su misericordia. Por supuesto, la misericordia de Dios no niega la justicia, porque Jesús cargó sobre sí las consecuencias de nuestro pecado junto con su castigo conveniente. Él no negó el pecado, pero pagó por nosotros en la cruz. Y así, por la fe que nos une a la cruz de Cristo, quedamos libres de nuestros pecados; dejemos de lado cualquier clase de miedo y temor, porque eso no es propio de quien se siente amado (cf. *1 Jn* 4, 18). «Cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. [...] Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización» (Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, 288). Que seamos, con María, signo y sacramento de la misericordia de Dios que siempre perdona, perdona todo.

Llevados de la mano de la Virgen Madre y ante su mirada, podemos cantar con alegría las misericordias del Señor. Podemos decir: Mi alma te canta, oh Señor. La misericordia que tuviste con todos tus santos y con todo tu pueblo fiel la tuviste también conmigo. Oh Señor, por culpa del orgullo de mi corazón, he vivido distraído siguiendo mis ambiciones e intereses, pero sin conseguir ocupar ningún trono. La única manera de ser exaltado es que tu Madre me tome en brazos, me cubra con su manto y me ponga junto a tu corazón. Que así sea.



En el centenario de las apariciones el Papa proclama santos a Francisco y Jacinta Marto

Salvados bajo su manto

Una inmensa multitud de fieles se reunió, el sábado 13 de mayo por la mañana, en la explanada del santuario mariano de Fátima para participar, en el centenario de la primera aparición, en la misa durante la cual el Papa Francisco proclamó santos a Francisco y Jacinta Marto.

«Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol», dice el vidente de Patmos en el Apocalipsis (12, 1), señalando además que ella estaba a punto de dar a luz a un hijo. Después, en el Evangelio, hemos escuchado cómo Jesús le dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 27). Tenemos una Madre, una «Señora muy bella», comentaban entre ellos los videntes de Fátima mientras regresaban a casa, en aquel bendito 13 de mayo de hace cien años. Y, por la noche, Jacinta no pudo contenerse y reveló el secreto a su madre: «Hoy he visto a la Virgen». Habían visto a la Madre del cielo. En la estela de luz que seguían con sus ojos, se posaron los ojos de muchos, pero... estos no la vieron. La Virgen Madre no vino aquí para que nosotros la viéramos: para esto tendremos toda la eternidad, a condición de que vayamos al cielo, por supuesto.

Pero ella, previendo y advirtiéndonos sobre el peligro del infierno al que nos lleva una vida a menudo propuesta e impuesta sin Dios y que profana a Dios en sus criaturas, vino a recordarnos la Luz de Dios que mora en nosotros y nos cubre, porque, como hemos escuchado en la primera lectura, «fue arrebatado su hijo junto a Dios» (Ap 12, 5). Y, según las palabras de Lucía, los tres privilegiados se encontraban dentro de la Luz de Dios que la Virgen irradiaba. Ella los rodeaba con el manto de Luz que Dios le había dado. Según el creer y el sentir de muchos peregrinos —por no decir de to-



dos—, Fátima es sobre todo este manto de Luz que nos cubre, tanto aquí como en cualquier otra parte de la tierra, cuando nos refugiarnos bajo la protección de la Virgen Madre para pedirle, como enseña la *Salve Regina*, «muéstranos a Jesús».

¡Queridos Peregrinos, tenemos una Madre, tenemos una Madre! Aferrándonos a ella como hijos, vivamos de la esperanza que se apoya en Jesús, porque, como hemos escuchado en la segunda lectura, «los que reciben a raudales el don gratuito de la justificación reinarán en la

vida gracias a uno solo, Jesucristo» (Rm 5, 17). Cuando Jesús subió al cielo, llevó junto al Padre celeste a la humanidad nuestra, humanidad que había asumido en el seno de la Virgen Madre, y que nunca dejará. Como un ancla, fijemos nuestra esperanza en esa humanidad colocada en el cielo a la derecha del Padre (cf. Ef 2, 6). Que esta esperanza sea el impulso de nuestra vida. Una esperanza que nos sostenga siempre, hasta el último suspiro.

Con esta esperanza, nos hemos reunido aquí para dar gracias por las

innumerables bendiciones que el Cielo ha derramado en estos cien años, y que han transcurrido bajo el manto de Luz que la Virgen, desde este Portugal rico en esperanza, ha extendido hasta los cuatro ángulos de la tierra. Como un ejemplo para nosotros, tenemos ante los ojos a san Francisco Marto y a santa Jacinta, a quienes la Virgen María introdujo en el mar inmenso de la Luz de Dios, para que lo adoraran. De ahí recibían ellos la fuerza para superar las contrariedades y los sufrimientos. La presencia divina se fue haciendo cada vez más constante en sus vidas, como se manifiesta claramente en la insistente oración por los pecadores y en el deseo permanente de estar junto a «Jesús oculto» en el Sagrado.

En sus Memorias (III, n.6), sor Lucía da la palabra a Jacinta, que había recibido una visión: «¿No ves muchas carreteras, muchos caminos y campos llenos de gente que lloran de hambre por no tener nada para comer? ¿Y el Santo Padre en una iglesia, rezando delante del Inmaculado Corazón de María? ¿Y tanta gente rezando con él?». Gracias por haberme acompañado. No podía dejar de venir aquí para venerar a la Virgen Madre, y para confiarle a sus hijos e hijas. Bajo su manto, no se pierden; de sus brazos vendrá la esperanza y la paz que necesitan y que yo suplico para todos mis hermanos en el bautismo y en la humanidad, en particular para los enfermos y los discapacitados, los encarcelados y los desocupados, los pobres y los abandonados. Queridos hermanos: pidamos a Dios, con la esperanza de que nos escuchen los hombres, y dirijámonos a los hombres, con la certeza de que Dios nos ayuda.

En efecto, él nos ha creado como una esperanza para los demás, una esperanza real y realizable en el estado de vida de cada uno. Al «pedir» y «exigir» de cada uno de nosotros el cumplimiento de los compromisos del propio estado (*Carta de sor Lucía*, 28 de febrero de 1943), el cielo activa aquí una auténtica y precisa movilización general contra esa indiferencia que nos enfría el corazón y agrava nuestra miopía. No queremos ser una esperanza abortada. La vida sólo puede sobrevivir gracias a la generosidad de otra vida. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24): lo ha dicho y lo ha hecho el Señor, que siempre nos precede. Cuando pasamos por alguna cruz, Él ya ha pasado antes. De este modo, no subimos a la cruz para encontrar a Jesús, sino que ha sido Él el que se ha humillado y ha bajado hasta la cruz para encontrarnos a nosotros y, en nosotros, vencer las tinieblas del mal y llevarnos a la luz.

Que, con la protección de María, seamos en el mundo centinelas que sepan contemplar el verdadero rostro de Jesús Salvador, que brilla en la Pascua, y descubramos de nuevo el rostro joven y hermoso de la Iglesia, que resplandece cuando es misionera, acogedora, libre, fiel, pobre de medios y rica de amor.

En el saludo a los enfermos

Precioso tesoro

Antes de impartir la bendición final de la misa de la canonización, el Papa saludó a los enfermos presentes.

Queridos hermanos y hermanas enfermos.

Como dije en la homilía, el Señor nos precede siempre: cuando atravesamos por alguna cruz, él ya ha pasado antes. En su Pasión, cargó con nuestros sufrimientos. Jesús sabe lo que significa el sufrimiento, nos comprende, nos consuela y nos da fuerza, como hizo con san Francisco Marto y santa Jacinta, y con los santos de todas las épocas y lugares. Pienso en el apóstol Pedro, en cómo la Iglesia entera rezaba por él mientras estaba encadenado en la prisión de Jerusalén. Y el Señor lo consoló. Este es el misterio de la Iglesia: la Iglesia pide al Señor que consuele a los afligidos y él os consuela, incluso de manera oculta; os consuela en la intimidad del corazón y os consuela dándoos fortaleza.

Queridos peregrinos, ante nuestros ojos tenemos a Jesús invisible pero presente en la Eucaristía, así como tenemos a Jesús oculto pero presente en las llagas de nuestros hermanos y hermanas enfermos y atribulados. En el altar, adoramos la carne de Jesús; en ellos, descubrimos las llagas de Jesús. El cristiano adora a Jesús, el cristiano busca a Jesús, el cristiano sabe reconocer las llagas de Jesús. Hoy, la Virgen María nos repite a to-

dos nosotros la pregunta que hizo, hace cien años, a los pastorcillos: «¿Queréis ofreceros a Dios?». La respuesta: «¡Sí, queremos!», nos ofrece la oportunidad de entender e imitar su vida. Ellos la vivieron con todo lo que conlleva de alegría y sufrimiento, en una actitud de ofrecimiento al Señor.

Queridos enfermos, vivid vuestra vida como una gracia y decidle a Nuestra Señora, como los pastorcillos, que queréis ofreceros a Dios con todo el corazón. No os consideréis solamente como unos destinatarios de la solidaridad caritativa, sino sentíos partícipes a pleno título de la vida y misión de la Iglesia. Vuestra presencia silenciosa, pero más elocuente que muchas palabras, vuestra oración, el ofrecimiento diario de vuestros sufrimientos, en unión con los de Jesús crucificado por la salvación del mundo, la aceptación paciente y hasta alegre de vuestra condición son un recurso espiritual, un patrimonio para toda comunidad cristiana. No tengáis vergüenza de ser un tesoro valioso de la Iglesia.

Jesús va a pasar cerca de vosotros en el Santísimo Sacramento para manifestaros su cercanía y su amor. Confíadle vuestro dolor, vuestros sufrimientos, vuestro cansancio. Contad con la oración de la Iglesia que, por vosotros y con vosotros, se eleva al cielo desde todas partes. Dios es Padre y nunca os olvida.

El silencio y la oración

El primer gesto del Papa en Fátima fue una larga oración ante la pequeña estatua de la Virgen a la cual ofreció el antiquísimo regalo de la rosa de oro. En un silencio impresionante, solo roto por el trinar de los pájaros, aunque había centenares de miles de personas presentes en la enorme explanada donde en el último medio siglo acudieron sus predecesores. Y precisamente la oración es el objetivo del viaje brevísimo de Bergoglio, que durante el rosario de la tarde se definió peregrino de la luz, de la paz, de la esperanza.

Un peregrino llegado solo para orar a la «señora vestida de blanco» que hace un siglo manifestó «los designios de la misericordia de Dios», el «como obispo vestido de blanco» llegado para recordar a aquellos que «vestidos de candor bautismal desean vivir en Dios y recitan los misterios de Cristo para obtener la paz» dijo el Pontífice. Y continuó: seremos así «la Iglesia vestida de blanco, de un candor blanqueado con la sangre del Cordero derramada también hoy en las guerras que destruyen el mundo en el que vivimos».

En el marco del viaje esencial de Pablo VI que a Fátima fue para implorar la paz, también la peregrinación de Francisco se coloca en una contemporaneidad contradictoria, evocada por su Secretario de Estado, el cardenal Pietro Parolin, durante la misa celebrada mientras ya había anochecido, en la oscuridad puntuada por miles de velas: un siglo después de la primera aparición de la Virgen, mientras Europa estaba devastada por la guerra, hoy la paz está consolidada y parece obvia, pero al mismo tiempo para millones de personas está muy lejana, hasta tal punto que con plena razón el Papa habla de una guerra mundial «a pedazos», difundida y alimentada por inconcebibles intereses económicos.

Cien años después de los acontecimientos de 1917 el Pontífice ha canonizado a los videntes más jóvenes de Fátima, los dos hermanos Francisco y Jacinta Marto. Y ya aquel 13 de mayo por la tarde, la pastorilla «no pudo contenerse y desveló el secreto a su mamá: "hoy he visto a la Virgen". Ellos habían visto a la Madre del cielo» dijo Bergoglio, notando que solo ellos la habían visto y añadiendo: «Marta no vino aquí para que la viéramos: para esto tendremos toda la eternidad, siempre y cuando vayamos al cielo». La Virgen efectivamente, «presagiando y advirtiéndonos del riesgo del infierno al cual nos conduce una vida, a menudo propuesta e impuesta, sin Dios y que profana a Dios en sus criaturas, vino para recordarnos la luz de Dios que habita en nosotros y nos cubre».

He aquí el secreto de Fátima, un mensaje que ciertamente no está contenido en revelaciones sensacionales. «Ningún gran misterio es desvelado; el velo del futuro no es rasgado» escribió en el 2000 el cardenal Ratzinger, explicando el sentido del mensaje es el de «movilizar las fuerzas del cambio hacia el bien», después de un siglo marcado por guerras tremendas y por persecuciones a la Iglesia. Sentido recordado por Francisco con las palabras de Pablo VI: «Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos, es decir, hay que reconocer la relación esencial, vital y providencial que une a la Virgen con Jesús y que nos abre el camino que nos lleva a Él». Siguiendo simplemente el camino indicado por el Evangelio, como hizo María, su primera testigo.

g.m.v.

Durante el vuelo de regreso a Roma de la peregrinación a Fátima, el sábado 13 de mayo, el Papa Francisco se entrevistó, como es habitual, con los periodistas respondiendo a algunas preguntas. El encuentro fue presentado por el director de la Sala de Prensa de la Santa Sede, Greg Burke, el cual dio las gracias al Pontífice y le entregó el micrófono. Enseguida el Papa dijo: «Antes de nada, buenas tardes. Gracias. Yo quisiera responder al mayor número posible de preguntas, así que hagámoslo un poco rápido. Lo siento cuando estamos a mitad y me dicen que es el momento del snack...[sonríe]; pero hagamos las dos cosas a la vez. Gracias». Inmediatamente después inició la entrevista: la primera y última pregunta fueron en español, las demás en italiano. A continuación la transcripción de las respuestas del Pontífice y una amplia síntesis de las preguntas formuladas.

[Fátima Campos Ferreira] Es que no sé qué me parece quedarme sentada frente al Santo Padre. Bueno, primero muchas gracias por su viaje. Santo Padre, ha venido a Fátima como peregrino para canonizar a Francisco y a Jacinta en el año en que se cumplen los cien años de las apariciones. De este momento histórico, ¿qué queda ahora para la Iglesia y para el mundo entero? Después, Fátima tiene un mensaje de paz, y el Santo Padre va a recibir en el Vaticano en los próximos días —el 24 de mayo— al Presidente norteamericano Donald Trump. ¿Qué puede esperar el mundo de este encuentro, y qué espera el Santo Padre de este encuentro? Muchas gracias.

Que Fátima tiene un mensaje de paz, ciertamente. Y llevado a la humanidad por tres grandes comunicadores que tenían menos de 13 años. Lo cual es interesante. Que vine como peregrino, sí. Que la canonización fue una cosa que al principio no estaba planeada, porque el proceso del milagro estaba en marcha, pero de golpe las pericias dieron todas positivas y se aceleró... así que se juntaron las cosas. Para mí fue una felicidad muy grande. ¿Qué puede esperar el mundo? Paz. ¿Y de qué voy a hablar yo de aquí en adelante con quien sea? De la paz.

¿Y qué queda ahora de ese momento histórico para la Iglesia y para el mundo?

Mensaje de paz. Y quisiera decir una cosa que me tocó el corazón. Antes de embarcarme, recibí a unos científicos de varias religiones que estaban haciendo estudios en el Observatorio Vaticano de Castel Gandolfo. Incluso agnósticos y ateos. Y un ateo me dijo: «Yo soy ateo»; no me dijo de qué etnia era ni de qué lugar venía. Hablaba en inglés, así que no supe y no le pregunté. «Le pido un favor: dígame a los cristianos que amen más a los musulmanes». Eso es un mensaje de paz.

¿Eso es lo que va a decir a Trump? [sonríe]

[Aurora Vistas Miguel, Radio Renascença] Entonces, Santidad, en Fátima usted se ha presentado como «el Obispo vestido de blanco». Hasta ahora, esta expresión se aplicaba más bien a la visión de la tercera parte del secreto, a san Juan Pablo II y a los mártires del siglo XX. ¿Qué significa ahora su identificación con esta expresión?

Sí, en la oración. Esta no la hice yo, la hizo el Santuario. Pero también yo me pregunté ¿por qué han dicho eso? Y hay una conexión, con el blanco: el Obispo vestido de blanco, la Virgen vestida de blanco, la blancura de la inocencia de los niños después del bautismo... Hay una conexión, en esa oración, con el color blanco. Creo porque no la hice yo creo que con el blanco buscaron expresar literariamente ese deseo de inocencia, de paz: inocencia, no hacer daño a nadie, no hacer guerra...



En la rueda de prensa del Pontífice con los periodistas en el vuelo de regreso a Roma

La paz es el mensaje de Fátima

¿Es una revisión de la interpretación del mensaje?

No. Aquella visión... creo que el entonces cardenal Ratzinger, en aquel tiempo Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, lo explicó todo con claridad. Gracias.

[Claudio Lavagna, de NBC] ¿Qué opinión se ha hecho usted de las políticas que ha adoptado hasta ahora el Presidente Trump sobre estos temas, y qué es lo que espera de un encuentro con un Jefe de Estado que parece que piensa y actúa lo contrario de usted?

Pero, la primera pregunta es... pero puedo responder a las dos yo no juzgo nunca a una persona sin haberla escuchado. Creo que no debo hacerlo. Cuando habláremos entre nosotros saldrán las cosas: yo diré lo que pienso, el dirá lo que piensa. Pero yo nunca, nunca he querido juzgar sin escuchar a la persona. Y la segunda es ¿qué pienso...?

¿...qué piensa en concreto sobre esos temas como la acogi-

da a los emigrantes...?

Esto lo sabéis ya.

La segunda en cambio es: ¿Qué espera de un encuentro con un Jefe de Estado que piensa lo contrario de usted?

Siempre hay puertas que no están cerradas. Hay que buscar las puertas que al menos están un poco abiertas, para entrar y hablar sobre ideas comunes y caminar adelante. Paso a paso. La paz es artesanal: se hace cada día. También la amistad entre las personas, el conocimiento mutuo, la estima es artesanal: se hace todos los días. El respeto al otro, decir lo que se piensa, pero con respeto, caminar juntos... Alguno piensa de una manera distinta: decir eso, ser muy sinceros en lo que se piensa.

¿Espera usted que suavice sus decisiones después...?

Este es un cálculo político que no me atrevo a hacer. Incluso en el plano religioso yo no soy proselitista. Gracias.

[Elisabetta Piqué] «La Nación» Antes de nada, gracias por este viaje breve y muy intenso. Quisiéramos preguntarle: hoy es el centenario de las apariciones de la Virgen de Fátima, pero es también un aniversario importante de un hecho de su vida, acaecido hace 25 años, cuando el Nuncio Calabresi le dijo que sería nombrado Obispo auxiliar de Buenos Aires: lo que significó el final de su exilio en Córdoba y un gran cambio en su vida. La pregunta es: ¿Ha puesto en relación alguna vez este hecho que cambió su vida con la Virgen de Fátima? Y si en estos días que ha rezado delante de Ella ha pensado en esto y qué es lo que no puede contar. Gracias

Las mujeres lo saben todo [ríe]. No he pensado en la coincidencia; sólo ayer, mientras rezaba delante de la Virgen, me di cuenta de que un 13 de mayo recibí la llamada telefónica del Nuncio, hace 25 años. Sí. No sé... dije: «Fíjate». Y hablé con la Virgen un poco de eso, le pedí perdón por todos mis errores, también un poco por el mal gusto a la hora de elegir a las personas... [ríe]. Pero ayer me acordé.

[Nicholas Senéze, de «La Croix»] Gracias, Santo Padre. Volvemos de Fátima, a la que tanta devoción le tiene la Fraternidad San Pio X: Se habla mucho de un acuerdo que daría un estatuto oficial en la Iglesia a la Fraternidad. Incluso algunas han imaginado que este anuncio se podría haber dado hoy. Usted, Santidad, ¿piensa que este acuerdo será posible en breve? ¿Y cuáles son todavía los obstáculos que hay? ¿Y cuál es para usted el sentido de esta reconciliación? ¿Será el regreso triunfal de fieles que mostrarán lo que significa ser verdaderamente católico, u otra cosa?

Yo descartaría cualquier forma de triunfalismo, ¿no? Hace algunos días, la «feria cuarta» de la Congregación para la Doctrina de la Fe, su sesión la llaman «feria cuarta» porque se hace el miércoles, ha estudiado un documento, y el documento no me ha llegado todavía, el estudio del documento. Esta es la primera cosa. Segundo: las relaciones actuales son fraternales. El año pasado di a todos ellos la licencia para la confesión, también una forma de jurisdicción para los matrimonios. Pero ya antes también, los problemas, los casos que tenían por ejemplo que debían resolverse en la Congregación para la Doctrina de la Fe, los llevaba la misma Congregación. Por ejemplo, abusos: los casos de abusos, ellos los traían a nosotros; también para la Penitencia Apostólica; también para la reducción al estado laical de un sacerdote lo traían a nosotros... Tenemos relaciones fraternales. Con Mons. Fellay tengo una buena relación, he hablado muchas veces... A mí no me gusta acelerar las cosas. Caminar, caminar, caminar, y después se verá. Para mí no es una cuestión de vencedores o derrotados, no. Es una cuestión hermanos que deben caminar juntos, buscando la fórmula para dar pasos hacia adelante.

[Tassilo Forchheimer, de ARD] Santo Padre, con ocasión del aniversario de la Reforma, ¿pueden los cristianos evangélicos y católicos recorrer otra parte del camino juntos? ¿Hay posibilidad de que se participe en la misma Mesa Eucarística? Hace algunos meses, el cardenal Kasper dijo que era posible que se diese un paso adelante ya en este año...

Se han dado grandes pasos adelante. Pensemos en la primera Declaración sobre la justificación: desde aquel momento no se ha parado, el camino. El viaje a Suecia fue muy significativo, porque era precisamente el comienzo [de las celebraciones], y también una conmemoración con Suecia. También allí, significativo por el ecumenismo del camino, es decir, del caminar juntos con la oración, con el martirio y con las obras de caridad, con las obras de misericordia. Y allí Cáritas luterana y Cáritas católica han hecho un acuerdo para trabajar juntos: este es un gran paso. Pero se esperan pasos siempre. Usted sabe que Dios es el Dios de las sorpresas. Nunca debemos pararnos, ir siempre adelante. Rezar juntos, dar testimonio juntos, hacer obras de misericordia juntos, que es anunciar la caridad de Jesucristo, anunciar que Jesucristo es el Señor, el único Salvador, y que la gracia sólo viene de él... Y en este camino los teólogos continúan estudiando, pero hay que recorrer el camino. Con el corazón abierto a las sorpresas...

[Mimmo Mualo, de «Avvenire»] Buenas tardes, Santidad. Le hago una pregunta en nombre del grupo italiano. Ayer y hoy en Fátima hemos visto un gran testimonio de fe popular, junto a usted, la misma que se ve también, por ejemplo, en otros Santuarios marianos como Medjugorje. ¿Qué piensa de esas apariciones si han sido apariciones y del fervor religioso que han suscitado, visto que ha decidido nombrar a un Obispo delegado para los aspectos religiosos? Y, si me permite una segunda pregunta, que sé que le interesa mucho a usted, además de a nosotros italianos: ¿quisiera saber, qué es lo que piensa de las ONG que han sido acusadas de tratar con los traficantes de hombres? Gracias.

Comienzo por la segunda. He leído en el periódico que ojeo por la mañana que existía este problema, pero todavía no conozco los detalles de cómo ha si-



La paz es el mensaje de Fátima

VIENE DE LA PÁGINA 6

do. Y por eso no puedo opinar. Sé que hay un problema y que las investigaciones van adelante. Espero que continúen y que salga a la luz toda la verdad. ¿La primera? Medjugorje. Todas las apariciones o las presuntas apariciones pertenecen o son de la esfera privada, no son parte del Magisterio público ordinario de la Iglesia. Medjugorje: se formó una comisión presidida por el cardinal Ruini. La hizo Benedicto XVI. Yo, al final de 2013 o al comienzo de 2014, recibí del cardinal Ruini el resultado. Una comisión de buenos teólogos, obispos, cardenales. Buenos, buenos, buenos. La relación-Ruini es muy, muy buena. Después, había algunas dudas en la Congregación para la Doctrina de la Fe y la Congregación juzgó oportuno enviar a cada uno de los miembros del congreso, de esta «feria cuarta», toda la documentación, también las cosas que parecían contrarias a la relación-Ruini. Yo recibí la notificación: recuerdo que era sábado por la tarde, ya noche. No me pareció justo: era como sacar a subasta perdonarme la palabra la relación-Ruini, que estaba muy bien hecha. Y el domingo por la mañana el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe recibió una carta mía, en la que le pedía que en vez de enviar a la «feria cuarta» enviaran a mí, personalmente, las opiniones. Estas opiniones fueron estudiadas, y todas subrayaban la densidad de la relación-Ruini. Sí, principalmente hay que distinguir tres cosas. Sobre las primeras apariciones, cuando [los «evidentes»] eran jóvenes, la relación más o menos dice que se ha de continuar investigando. Acerca de las presuntas apariciones actuales, la relación tiene sus dudas. Yo personalmente soy más «malo»: yo prefiero la Virgen madre, nuestra madre, y no la Virgen jefa de la Oficina telegráfica, que todos los días envía un mensaje a tal hora... esta no es la madre de Jesús. Y estas presuntas apariciones no tienen tanto valor. Y esto lo digo como opinión personal. Pero quien piensa que la Virgen diga: «Venid que mañana a tal hora diré un mensaje a aquel vidente»; no. [En la re-

lación-Ruini se] distinguen las dos apariciones. Y tercero, el núcleo verdadero y propio de la relación-Ruini: el hecho espiritual, el hecho pastoral, gente que va allí y se convierte, gente que encuentra a Dios, que cambia de vida... Para esto no hay una barita mágica, y este hecho espiritual-pastoral no se puede negar. Ahora, para ver las cosas con todos estos datos, con las respuestas que me han enviado los teólogos, se ha nombrado a este Obispo capaz, muy capaz, porque tiene experiencia para ver cómo va la parte pastoral. Y al final, se dirá algo.

[Joshua McElwee, del «National Catholic Reporter»]. Gracias, Santo Padre. Mi pregunta: el último miembro de la Comisión para la Protección de los Menores, que fue abusada por un sacerdote, dimitió en marzo. La señora Marie Collins dijo que tenía que dimitir porque los oficiales en el Vaticano no ponían en práctica los consejos de la Comisión que usted, Santo Padre, aprobó. Tengo dos preguntas. ¿De quién es la responsabilidad? ¿Y qué es lo que está haciendo usted, Santo Padre, para asegurarse que los sacerdotes y obispos en el Vaticano pongan en práctica sus recomendaciones aconsejadas por su Comisión?

Cierto. Marie Collins me explicó todo bien. Yo hablé con ella: es una buena mujer. Ella sigue trabajando en la formación sobre este tema con los sacerdotes. Es una buena mujer, que quiere trabajar. Hizo una acusación, y algo de razón tiene. ¿Por qué? Porque hay muchos casos atrasados, porque se amontonan... Además, en este momento se ha tenido que hacer la legislación sobre esto: ¿Qué tienen que hacer los obispos diocesanos? Hoy, en casi todas las diócesis hay un Protocolo para seguir en estos casos: es un gran progreso. Así los informes se hacen bien. Esto es un paso. Otro paso: hay poca gente, hay necesidad de más gente capaz para esto, y el Secretario de Estado está buscando, y también el cardinal Müller, presentar nuevas personas. El otro día se han asumido dos o tres más. Se ha cambiado al director de la Oficina disciplinar, que era bueno, buenísimo, pero estaba un poco cansado: ha regresado a su patria para realizar el mismo trabajo con su episcopado. Y el nuevo es un irlandés, Mons. Kennedy es una persona muy buena, muy eficiente, veloz, y esto ayuda mucho. Además hay otra cosa. A veces, los obispos envían; si el Protocolo está bien, va rápidamente a la

«feria cuarta», y la «feria cuarta» la estudia y decide. Si el Protocolo no está bien, debe volver atrás y hay que rehacerlo. Por eso se piensa en ayudas continentales, o dos por continente: por ejemplo, en América Latina, una en Colombia, otra en Brasil... Serían como pre-tribunales o tribunales continentales. Pero esto está en estudio. Y después, está bien: lo estudia la «feria cuarta» y se quita el estado clerical al sacerdote, que vuelve a la diócesis y hace recurso. Antes, el recurso lo examinaba la misma «feria cuarta» que había hecho la sentencia, pero esto es injusto. Y he creado otro tribunal y he puesto a la cabeza una persona indiscutible: el Arzobispo de Malta, Mons. Scicluna, que es uno de los más fuertes contra los abusos. Y en este segundo tribunal porque tenemos que ser justos el que plantea un recurso tiene derecho a un defensor. Si se confirma la primera sentencia, el caso ha terminado. Sólo queda [la facultad de escribir] una carta, solicitando la gracia al Papa. Yo nunca he firmado una gracia. Así como están las cosas, estamos yendo adelante. Marie Collins en aquel punto tenía razón; pero nosotros, también, estábamos en ese camino. Pero hay dos mil casos amontonados. Gracias.

[Joana Haderer, «Agencia portuguesa Lusa»] Gracias, Santo Padre. Le voy a hablar en español porque es más fácil para mí. Le voy a hacer una pregunta sobre el caso de Portugal, pero creo que se aplica a muchas sociedades occidentales nuestras. En Portugal, casi todos los portugueses se identifican como católicos, casi todos, casi el 90%; pero la forma en que la sociedad se organiza, las decisiones que tomamos... muchas veces son contrarias a las orientaciones de la Iglesia. Me refiero al matrimonio de los homosexuales, a la despenalización del aborto. Ahora mismo vamos a empezar a discutir la eutanasia. ¿Cómo ve esto?

Yo creo que es un problema político. Y que también la conciencia católica no es una conciencia a veces de pertenencia total a la Iglesia, y que detrás de eso no hay una catequesis matizada, una catequesis humana... O sea, el catecismo de la Iglesia católica es un ejemplo de lo que es una cosa seria y matizada. Creo que es falta de formación y también de cultura. Porque es curioso: en algunas otras regiones pienso en Italia, alguna por América Latina, que... son muy católicos, pero son anticlericales... «i mangiapreti» [los come curas] que (ríe). Es un fenómeno que se da. A veces, y...

¿Y le preocupa?

Claro que me preocupa. Por eso digo a los sacerdotes lo habrán leído: «Huyan del clericalismo». Porque el clericalismo aleja a la gente. «Huyan del clericalismo», y añado: es una peste en la Iglesia. Pero acá es trabajo también de catequesis, de concienciación, de diálogo, incluso de valores humanos. Gracias. Y renen por mí, no se olviden.



Niños inmigrantes entre las ruinas de sus hogares en Autaya, al este de Eastern al-Ghouta, en Siria (epa/mohammed badra)

El trabajo por la paz y la lucha contra el hambre

FERNANDO CHICA ARELLANO*

Entre los cánticos de la Sagrada Escritura que la Iglesia ha incorporado a la Liturgia de las Horas, hasta formar parte de nuestra oración habitual y frecuente, se encuentra un estremecedor himno, en el que el profeta Jeremías deja constancia amargamente de la oscuridad que puebla su alma al comprobar la funesta complicidad existente entre el hambre y la guerra: «Salgo al campo: muertos a espada; entro en la ciudad: desfallecidos de hambre» (14, 18).

Este sombrío panorama no es algo propio del pasado. Cuando la Iglesia se encuentra con su Señor en la oración litúrgica, no deja de mirar hacia estos dramas de la historia, en cuyos escenarios, impregnados de llanto y dolor, de impotencia y aflicción, continúa también hoy cabalgando el apocalíptico caballo de la muerte, que mata «por medio de la espada y del hambre» (Ap 6, 8).

En efecto, en la hora presente, esta vecindad sigue siendo triste actualidad cotidiana. Los conflictos armados —que con frecuencia tienen su origen en la pobreza de los pueblos, acuciados por los mil rostros que presenta la miseria humana, entre ellos el del hambre— se vuelven más trágicos todavía cuando este cruel flagelo es usado como arma de guerra. Las agencias especializadas de Naciones Unidas afirman que, en la actualidad, son unos 800 millones los hombres y mujeres que viven bajo el despiadado yugo de la inseguridad alimentaria. En los estudios que se manejan hay datos que nos hacen ver que, a menudo, la falta de comida va unida a enfrentamientos y discordias, o se ve agravada por las enfermedades y otras calamidades provocadas por esas desalmadas beligerancias, no pocas veces interminables y sordas, que extenuan a la población, impidiéndole el acceso al alimento que precisa.

Se suceden, en los últimos meses, los llamamientos a la comunidad internacional sobre la imperiosa necesidad de afrontar la mayor crisis humanitaria desde 1945. Es la que sufren Sudán del Sur, Nigeria, Somalia y Yemen: sus gentes, ya damnificadas por la sequía persistente en África Oriental, son víctimas de conflictos que, para colmo, se dan entre hermanos. Asistimos a una espiral de violencia que se ceba sin piedad alguna con los más indefensos y débiles de esas naciones. En ellas podrían morir hasta 20 millones de personas en los próximos seis meses si no se toman medidas perentorias, como ha advertido recientemente el profesor José Graziano da Silva, director general de la FAO.

La aciaga unión entre guerra y hambre es un mecanismo perverso, denunciado con fuerza y extrema claridad por la Iglesia. A este respecto, no han perdido valor las palabras de san Juan Pablo II quien, ya en 1995, se preguntaba en voz alta: «¿Cómo no pensar también en la violencia contra la vida de millones de seres humanos, especialmente niños, forzados a la miseria, a la desnutrición y al hambre, a causa de una iniqua distribución de las riquezas entre los pueblos y las clases sociales?, ¿o en la violencia derivada, incluso antes que de las guerras, de un comercio escandaloso de armas, que favorece la espiral de tantos conflictos armados que ensangrientan el mundo?» (Enc. *Evangelium Vitae*, 10).

Un año después, en 1996, el Pontificio Consejo Cor Unum, en un memorable documento, titulado «El hambre en el mundo. Un reto para todos: el desarrollo solidario», hablando de las causas de esta lacra, afirmaba: «La privación de alimentos se ha utilizado a lo largo de la historia, ayer y hoy, como arma política y militar. Así pueden perpetrarse verdaderos crímenes contra la humanidad» (n. 16). En este contexto, tras pasar revista a varios casos concretos, se refieren actitudes y acciones para examinar la propia conciencia en orden a ser agentes activos de concordia y justicia. Para ello, el susodicho documento señala dos «perlas preciosas»: la necesaria «reforma del corazón del hombre» (n. 64) y la paz como «equilibrio de los derechos» (n. 28), pues «una paz duradera no es el resultado de un equilibrio de fuerzas, sino de un equilibrio de derechos».

Dentro de poco va a cumplirse el primer aniversario de la visita que el Papa Francisco cursó a la sede del Programa Mundial de Alimentos (13 de junio de 2016). En el discurso que pronunció en esa ocasión, el Sucesor de Pedro evidenció cómo «últimamente las guerras y las amenazas de conflictos es lo que predomina en nuestros intereses y debates». El Pontífice puso de relieve que «las armas han alcanzado una preponderancia inusitada, de tal forma que han arrinconado total-



mente otras formas de solucionar las cuestiones en pugna». «Así —subrayaba el Obispo de Roma—, mientras las ayudas y los planes de desarrollo se ven obstaculizados por intrincadas e incomprensibles decisiones políticas, por sesgadas visiones ideológicas o por infranqueables barreras aduaneras, las armas no; no importa la proveniencia, circulan con una libertad jactanciosa y casi absoluta en tantas partes del mundo». La conclusión de este fenómeno es que «de este modo, son las guerras las que se nutren y no las personas. En algunos casos la misma hambre se utiliza como arma de guerra».

En aquella circunstancia llamó mucho la atención que el Santo Padre insistiera en «la excesiva información» con la que contamos y que va generando paulatinamente la «naturalización de la miseria»; es decir —precisó— «poco a poco nos volvemos inmines a las tragedias ajenas y las evaluamos como algo natural». Su Santidad desenmascaraba de esta manera uno de los dinamismos que, en nuestro tiempo, contribuyen a la «globalización de la indiferencia», de forma que se agudizan y prolongan los grandes dramas humanos. Para acabar con ellos de modo categórico se requiere tanto una audaz voluntad política como el incremento de la solidaridad mundial, pero es fundamental, sobre todo, esa «reforma del corazón» auspiciada por Cor Unum en el citado documento de 1996. Si no se da un radical cambio de mentalidad, si el hombre no abandona de una vez por todas el deplorable camino del rencor y la pugna insensata, los gritos y las tribulaciones de los postergados de este mundo nunca terminarán, y el hambre y la guerra seguirán aliándose vilmente para mal de muchos. Por eso, hoy más que nunca, el trabajo por la paz se vuelve una urgencia en la lucha contra el hambre. Para que esto sea una feliz realidad, viene en nuestra ayuda una de las más profundas oraciones que compuso el gran poeta David María Turoldo: «Señor, sálvame de la indiferencia, de este anonimato de hombre adulto. Es el mal que sufrimos sin tener conciencia de ello. Es la muerte de cada religión y de cada posibilidad lírica para la creación; la indiferencia y la ausencia del espíritu son la causa de nuestra esclavitud y decadencia» (*Il sapore del pane*, Cinisello Balsamo 2002, 11).

El Pontífice a los futbolistas de Juventus y Lazio

Dar prueba de lealtad es honestidad

«Sed testigos de lealtad, de honestidad, de concordia y de humanidad»: es lo que aconsejó el Papa a los futbolistas de los equipos que jugaron el partido del miércoles 17 de mayo por la tarde, en el estadio olímpico de Roma y que fueron recibidos el martes 16 por la mañana en la sala Clementina. El Pontífice además lamentó los episodios de violencia que perturban el sereno desarrollo de los partidos. Al inicio del encuentro, el presidente de la Federación italiana de fútbol, Carlo Tavecchio, saludó a Francisco en nombre de los presentes, recordando que «la amistad y el deseo de enfrentarse respetando las reglas son las bases de un crecimiento humano antes aún que deportivo».



*Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA

Perú devastado
por las lluvias



ROCÍO LANCHO GARCÍA

Perú posee una geografía con gran variedad de climas y posibilidades agrarias, el 63% del terreno es parte de la Amazonía, pero las distancias y cordilleras, dificultan la comunicación. Además en los últimos meses el flagelo de la corrupción y los desastres naturales provocan desesperanza en la población. Estas son algunas de las preocupaciones que los obispos de la Conferencia episcopal de Perú presentaron al Papa Francisco durante la visita ad limina realizada la semana del 15 al 21 de mayo. Monseñor Salvador Piñero García-Calderón, arzobispo metropolitano de Ayacucho y presidente de la Conferencia episcopal, explica algunos detalles del encuentro con el Pontífice y de la situación actual de su nación. Asimismo, indica que renovaron su invitación al Papa para visitar su país. Pudieron agradecer al Santo Padre por el proyecto REPAM, una llamada al compromiso con la selva "a la que hemos dado la espalda muchos años". Al respecto, abordaron la situación de los pueblos indígenas, tema que preocupa al Papa, hasta el punto que les dijo que le gustaría que fuera abordado en un Sínodo.

Hace 7 años que los obispos de Perú no venían a Roma para la visita ad limina ¿Qué temas eran para ustedes importantes afrontar con el Santo Padre?

Hemos estado dos horas y media de saludo fraterno y cordial. Presentamos las preguntas que queríamos de todos los temas. Él juntaba dos o tres intervenciones y las iba desarrollando. Además, el miércoles nos juntamos en una segunda reunión con Francisco y algunos prefectos de los dicasterios vaticanos. Es una reunión sinodal, estamos todos en camino con el Papa donde se ve la colegialidad. Hemos pedido de nuevo al Santo Padre que ponga en agenda la visita a Perú. Hemos hablado de las dificultades que hay en nuestra patria, empezando por nuestra geografía. Él nos pedía que se revitalicen las regiones eclesísticas. Para entender esto pongo un ejemplo: tengo un obispo sufragáneo a cinco horas y otro a dieciséis horas. ¡Es más fácil encontrarnos en Roma! La geografía nos condiciona mucho: los Andes, la Amazonía. Al respecto agradecemos mucho al Santo Padre por la REPAM (Red Eclesial PanAmazónica) porque hemos estado de espaldas a la selva, ¡tan distantes! Allí hay ocho vicariatos apostólicos, Iglesias jóvenes, que no tienen tradiciones, con poco personal y a las que hay que acompañar con más solidaridad.

Tenemos un episcopado muy variado, somos 48 obispos, un poco más de la mitad misioneros.

Otro tema que nos preocupa es el tema de la corrupción, cada día es una noticia de alguien que falló a un proyecto o tarea económica por la coima. Esto hace que la gente pierda la esperanza. Y también hemos sufrido el flagelo de las inundaciones.

A propósito de esto, ¿cómo ha sido la labor de la Iglesia en este periodo para dar apoyo a las personas que han sufrido las consecuencias de las lluvias?

CárITAS estuvo desde el primer momento. Por ejemplo, en mi diócesis que felizmente no hubo flagelo tan marcado, el gobierno regional lo primero que hizo fue pedir que el arzobispo presidiera la comisión. La gente ha sido muy cariñosa, muy solidaria. Ahora el tema de la reconstrucción es difícil. Hay ciudades que hay que replantearse. La naturaleza no perdona: donde hubo un cau-

ce de río, donde hubo alguna vez una inundación vuelve. Y la gente tiene sus viviendas allí, les cuesta dejar. Pero se tiene que programar. Nuestro pueblo sufre pero es un pueblo creyente. Un pueblo que ama a Jesús, pone su confianza en María y con cercanía al Santo Padre. Le hemos querido agradecer que fue de los primeros en enviar un mensaje de aliento en ese hora difícil y su ayuda económica ha servido de mucho.

Y esto está relacionado con el cuidado de la casa común, llamamiento del Santo Padre en su encíclica Laudato si' ¿de qué forma cree que este documento está ayudando?

Fue una encíclica profética. La Iglesia participó en la región del COP que fue previa a París y hubo mucha gente que pensaba qué tiene que ver el Papa con temas ecológicos. Ecología pero también solidaridad, esas son las dos líneas de la encíclica. Es un mundo que Dios nos pidió cuidarlo y tenemos que vivirlo con la fuerza de la unión, el amor, la preocupación por el desvalido, el pobre.

¿Es la misión con los pueblos indígenas otra de las grandes labores en su país?

Hoy el Santo Padre nos dijo que quisiera un Sínodo para los pueblos amazónicos. Se trata de todos los países bolivarianos: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Brasil. Perú aporta el 13% a la cuenca amazónica, somos dos terceras partes territorio amazónico. Y hemos estado de espaldas, muy poco sensibles al sufrimiento, marginación. Poco personal, las distancias... no es una zona fácil y el Papa está muy preocupado.

Cuando fue el problema del caucho, de las explotaciones, ¿quién fue el único que habló? San Pío X. La única palabra, fue él quien defendió a los indígenas de nuestra patria.

Pero es difícil evangelizar a los pueblos nativos porque no tienen historia, los tres más antiguos tienen cien años, otros cincuenta... Recién se está empezando la siembra. Algunos de mis hermanos que están en esa zona hablan las lenguas nativas para poder acercarse más a la población.

Entrevista al arzobispo presidente de la Conferencia episcopal de Perú

Un sínodo para los pueblos de la Amazonía

La defensa de la vida ha sido una de las grandes preocupaciones recientes en Perú, ¿cómo están trabajando en este ámbito?

Felizmente en los niveles de legisladores y gobierno central nos han escuchado. Pero es una fatiga constante porque siempre aparece esa maledicencia contra la familia. Nosotros tenemos una herencia maravillosa que es patrimonio de la humanidad, la familia no la inventamos nosotros. Es el primer don de la creación: hombre y mujer para que formen un hogar.

Hoy le he regalado una artesanía en quechua sobre *Amoris laetitia*: como la familia de Nazaret inspira a que se rece, se transmita la fe, nos ayudemos y perdonemos. Una pintura, un arte que se hace especialmente en los Andes. Es una imagen con una bonita historia: cuando se inaugura un hogar se regala esta tablita pintada.

Ahora que se cumplen diez años de Aparecida, ¿de qué forma marcó este encuentro en América Latina? ¿Sienten ya sus frutos?

También hablé de esto con el Santo Padre. Yo vengo ahora directamente desde El Salvador, donde hemos tenido la reunión del CELAM. Y agradecí mucho al Papa la carta que nos envió el 8 de mayo. Es un documento que tenemos que seguir trabajando. Las ideas son claras: para que tengamos vida hay que ser discípulos y escuchar al maestro, ser testigos y misioneros.

Venir a Roma en visita ad limina supone también vivir la universalidad de la Iglesia. ¿Cómo están experimentando esto?

Para mí es la tercera vez que hago una visita ad limina. A veces pensamos que nuestros problemas son muy grandes y aquí te das cuenta que son pequeños. Además, recibimos orientaciones y directivas para convertirlas en fortalezas y nuevos desafíos pastorales. Aquí estamos a la escucha, no hay "escapes". Es también una oportunidad para encontrarnos en oración, poder compartir iniciativas y tareas. Esto nos llena el espíritu.

Batalla humanitaria en Irak

Más de dos millones y 300.000 personas resultan desplazadas en Irak, a causa de la guerra contra el así llamado Estado Islámico (EI). Tres cuartos de ellos se encuentran en la provincia de Nínive, donde la martirizada ciudad de Mosul es la capital, aún ocupada en algunos distritos por los milicianos.

«La batalla humanitaria no es menos importante que la batalla militar»: con estas palabras, el ministro iraquí para las migraciones y los desplazados, Jassem Mohammad al Jaff, dio a conocer los datos relativos a la fuga de civiles dentro de Irak. Según el ministro, con respecto a hace tres años, dos millones han podido regresar a sus casas. El ministro explicó que «las autoridades centrales de Bagdad están trabajando con las del Kurdistán iraquí, con los comandos militares, con las Naciones Unidas y con las organizaciones no gubernamentales



para buscar asegurar acogida a todos los desplazados».

En particular, al menos 430.000 civiles escaparon de los combates en Mosul. La segunda ciudad en importancia en Irak, en junio de 2014 cayó bajo el control del EI, que con el tiempo, sin embargo, se redujo a los barrios occidentales. A propósito de la ofensiva del ejército iraquí, el general Otham al-Ghani, declaró a la BBC que la ciudad se le arrebatará completamente al EI a más tardar dentro de dos semanas, antes del 26 de mayo cuando iniciará el mes sagrado para los musulmanes, el ramadán. La ofensiva de la coalición internacional, cuyo fuerte es la policía y las tropas iraquíes, además de grupos paramilitares chiíes y las milicias kurdas, inició en octubre pasado. Y según el general, menos de mil yihadistas están asediados en diversas zonas incluidas la ciudad vieja, haciéndose escudo con 450.000 civiles.

Mientras tanto, en la cercana Siria, se dan «pasos adelante» en lo que respecta a la búsqueda de soluciones al conflicto. Es lo que afirmó en una entrevista el enviado especial de las Naciones Unidas, Staffan de Mistura.



La sombra de la guerra civil en Venezuela

Más de 40 días de protestas en la calle han provocado 48 muertos en Venezuela, entre los cuales dos hombres y un joven de diecisiete años, muertos en enfrentamientos con la policía en los últimos días. Son centenares los heridos y los arrestos, mientras la crisis política todavía no encuentra una salida. La comunidad internacional teme que en el país se extienda la sombra de la guerra civil. Para hacer balance de la situación, se reunió el pasado miércoles el Consejo de Seguridad de la ONU. Las manifestaciones del lunes pasado, día en el cual la oposición había convocado una nueva protesta nacional contra el gobierno del presidente Nicolás Maduro, confirman la existencia de una espiral de enfrentamientos y de violencia que parece haberse escapado de las manos a los principales protagonistas de la contienda. Las manifestaciones convocadas por la Mesa de la Unidad Democrática, la coalición antichavista, han sido bloqueadas y disueltas por las fuerzas del orden con gases lacrimógenos y cargas, que han provocado diversos heridos. Al margen de las marchas, se han verificado casos más graves de violencia. La Procuraduría general de Caracas admitió esta semana que uno de los manifestantes muertos en los últimos días en Táchira fue asesinado por un agente de la policía nacional. Hasta ahora oficialmente no ha habido un solo caso de homicidio en el cual hayan sido identificados como responsables los colectivos, grupos cercanos al gobierno.

Los manifestantes han publicado en las redes sociales fotos y vídeos que muestran a civiles encapuchados y armados que patrullan por las calles en grupo, utilizando motocicletas. El ex candidato de la oposición a la presidencia, Henrique Capriles, ha publicado imágenes de militantes armados, pidiendo a los venezolanos que ayuden a identificarlos.

Como Martin Luther King

Cristianos de diferentes tradiciones han rezado juntos por la paz en el mundo y han pedido a los diputados y a los senadores de Estados Unidos que no pongan en riesgo la vida de miles de hombres y mujeres aprobando recortes en el balance federal que reducen los gastos sociales: se concluyó así, con un momento de recogimiento y compromiso social, el encuentro anual del *Ecumenical Advocacy Days* (EAD) for global peace with justice.

El evento, del que formaron parte más de mil cristianos, en gran parte estadounidenses, se celebró este año en Washington.

El tema elegido por EAD, movimiento ecuménico sostenido por más de cincuenta miembros entre Iglesias y otras organizaciones, era «Enfrentando el caos, forjando la comunidad. Desafiando el racismo, el materialismo y el militarismo».

Como fue recordado varias veces durante la reunión, la elección del tema nació, por un lado del deseo de recordar la figura de Martin Luther King y su compromiso por la paz, por otro de la voluntad de favorecer una reflexión ecuménica sobre la situación política, nacional e internacional.

Situación en la que, a pesar de los continuos llamamientos de los cristianos a construir puentes de diálogo, el recurso de las armas viene a menudo propuesto como única solución para resolver los conflictos y para llevar seguridad.



El Papa reflexiona sobre María Magdalena

Apóstola de la esperanza

«Apóstola de la nueva y más grande esperanza». El Papa Francisco definió así a María Magdalena en la catequesis que realizó en la audiencia general del miércoles 17 de mayo, en la plaza de San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estas semanas nuestra reflexión se mueve, por así decir, en la órbita del misterio pascual. Hoy encontramos a aquella que, según los Evangelios, fue la primera en ver a Jesús resucitado: María Magdalena. Había terminado hacía poco el descanso del sábado. En el día de la Pasión no hubo tiempo para completar los ritos fúnebres; por esto, en esa alba llena de tristeza, las mujeres van a la tumba de Jesús con los ungüentos perfumados. La primera en llegar es ella: María Magdalena, una de los discípulos que habían acompañado a Jesús desde Galilea, poniéndose al servicio de la Iglesia naciente. En su recorrido hacia el sepulcro se refleja la fidelidad de tantas mujeres que son devotas durante años a los caminos de los cementerios, en recuerdo de alguien que ya no está. Las uniones más auténticas no se rompen ni siquiera con la muerte: hay quien continúa queriendo, aunque la persona amada se haya ido para siempre.

El Evangelio (cf Juan 20, 1-2.11-18) describe a la Magdalena destacando enseguida que no era una mujer de entusiasmos fáciles. De hecho, después de la primera visita al sepulcro, ella vuelve decepcionada al lugar donde los discípulos se escondían; cuenta que la piedra fue movida de la entrada al sepulcro, y su primera hipótesis es la más sencilla que se puede formular: alguien ha robado el cuerpo de Jesús. Así el primer anuncio que María lleva no es el de la resurrección, sino un robo que alguien desconocido ha perpe-

trado, mientras toda Jerusalén dormía.

Después los Evangelios cuentan un segundo viaje de Magdalena hacia el sepulcro de Jesús. ¡Era cabzota! Fue, volvió... ¡porque no se convencía! Esta vez su paso es lento, muy pesado. María sufre doblemente: ante todo por la muerte de Jesús, y después por la inexplicable desaparición de su cuerpo.

Es mientras ella se arrodilla cerca de la tumba, con los ojos llenos de lágrimas, que Dios la sorprende de la forma más inesperada. El evangelista Juan subraya cuánto es persistente su ceguera: no se da cuenta de la presencia de dos ángeles que le preguntan, y tampoco sospecha viendo al hombre a sus espaldas, que ella pensaba que era el guardián del jardín. Y sin embargo descubre el acontecimiento más asombroso de la historia humana cuando finalmente es llamada por su nombre: «¡María!» (v. 16).

¡Qué bonito es pensar que la primera aparición del Resucitado —según los Evangelios— sucedió de una forma tan personal! Que hay alguien que nos conoce, que ve nuestro sufrimiento y desilusión, que se conmueve por nosotros, y nos llama por nuestro nombre. Es una ley que encontramos esculpida en muchas páginas del Evangelio. En torno a Jesús hay muchas personas que buscan a Dios; pero la realidad más prodigiosa es que, mucho antes, está sobre todo Dios que se preocupa por nuestra vida, que la quiere revivir, y para hacer esto nos llama por nuestro nombre, reconociendo el rostro personal de cada uno. Cada hombre es una historia de amor que Dios escribe en esta tierra. Cada uno de nosotros es una historia de amor de Dios. A cada uno de nosotros Dios nos llama por el propio nombre: nos conoce por el nombre, nos mira, nos espera, nos perdona, tiene paciencia con nosotros. ¿Es verdad o no es



verdad? Cada uno de nosotros experimenta esto.

Y Jesús la llama, «¡María!»: la revolución de su vida, la revolución destinada a transformar la existencia de cada hombre y mujer, comienza con un nombre que resuena en el jardín del sepulcro vacío. Los Evangelios nos describen la felicidad de María: la resurrección de Jesús no es una alegría dada con cuentagotas, sino una cascada que abarca toda la vida. La existencia cristiana no está tejida con felicidad suave, sino de olas que cubren todo. Intentad pensar también vosotros, en este instante, con el bagaje de desilusiones y derrotas que cada uno de nosotros lleva en su corazón, que hay un Dios cercano a nosotros que nos llama por nuestro nombre y nos dice: «¡Levántate, deja de llorar, porque he venido a liberarte!». Esto es bonito.

Jesús no es uno que se adapta al mundo, tolerando que en él perduren la muerte, la tristeza, el odio, la destrucción moral de las personas... Nuestro Dios no es inerte, sino que nuestro Dios —me permito la palabra— es un soñador: sueña la transformación del mundo, y la ha realizado en el misterio de la Resurrección.

María quisiera abrazar a su Señor, pero Él está ya orientado al Padre celeste, mientras que ella es enviada a llevar el anuncio a los hermanos. Y así esa mujer, que antes de encontrar a Jesús estaba a merced del maligno (cf Lucas 8, 2), ahora se ha convertido en apóstola de la nueva y más grande esperanza. Su intercesión nos ayude a vivir también a nosotros esta experiencia: en la hora del llanto y del abandono, escuchar a Jesús Resucitado que nos llama por nuestro nombre, y con el corazón lleno de alegría ir y anunciar: «¡He visto al Se-

ñor!» (v. 18). ¡He cambiado de vida porque he visto al Señor! Ahora soy distinto que antes, soy otra persona. He cambiado porque he visto al Señor. Esta es nuestra fuerza y esta es nuestra esperanza. Gracias.

Al finalizar la catequesis, el Santo Padre hizo un resumen en español y saludó a los peregrinos de lengua española.

Queridos hermanos y hermanas:

En este tiempo de Pascua dirigimos nuestra mirada a María Magdalena, la primera persona en encontrarse con Jesús resucitado, según los Evangelios. La experiencia de la resurrección que vive María Magdalena es profunda y existencial. Ella se acercó al sepulcro con el corazón colmado de la tristeza y la soledad de quien ha perdido un ser querido, y al llegar allí ahí, el dolor y la desilusión de no encontrar el cuerpo de Jesús le impedían verlo y reconocerlo vivo. Entonces Jesús, tomando la iniciativa, la llama por su nombre. Ella al sentirse interpelada personalmente, experimenta dentro de sí una felicidad tan profunda que cambiará su existencia y que está destinada también a transformar la existencia de todo hombre y mujer. Es muy hermoso pensar que la primera aparición de Jesús resucitado se haya producido de un modo tan personal y cercano.

Nuestra vida, tantas veces cargada de esas mismas experiencias de soledad, de vacío y de dolor, se ve transformada por la presencia de Dios, que mucho antes de que nosotros lo busquemos, sale a nuestro encuentro, nos llama por nuestro nombre, y nos dice: Levántate, no llores más, porque he venido a liberarte.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los grupos provenientes de España y Latinoamérica. Les animo a perseverar en la oración y en la escucha de la Palabra de Dios, para que en los momentos de dolor y abandono, sientan cómo Jesús resucitado los llama por su nombre, y salgan con el corazón lleno de alegría a anunciar a todos la Buena Noticia de la Resurrección. Que Dios los bendiga.

